

# El Navegante

Lenin José Rodríguez Peñate

LAS CRÓNICAS DE AEDRIA

---

# *EL NAVEGANTE*

---

L. RODRIGUEZ

## Capítulo 1

*Y ahí yacía él, sobre la cubierta estrecha,  
observando con cautela a la bestia atrapada.  
Disparos por doquier en esa encrucijada  
fueron convergiendo en una lluvia de flechas.*

*Había sido él; fue quien encendió la mecha  
pues luchó en favor de su tierra amenazada.  
Cuando halló a ese ser de morfología alada  
atacó sin temor aun con su flota maltrecha.*

*Había visto el mar, había sido almirante.  
Herido por mil males, bendito por su Don,  
exploró sin parangón como buen navegante.*

*Y así yacía él. Su nombre era Cercerión.  
Las olas eran como su alma susurrante,  
la mar era su tierra; el barco, su corazón.*

Ese soneto solía leérmelo mi padre, el rey Itzar, cuando tan solo era un niño. Todas las noches le pedía a él, o en su defecto a algún criado, que me narrara una y otra vez la Oda al Almirante Cercerión.

Ya de niño suponía que había más leyenda que verdad en esa historia, pero igualmente me entusiasmaba. Quizá por eso me enrolé en un barco en cuanto cumplí la mayoría de edad. Quizá por eso viajé tan lejos, hasta el confín del mundo, sin importarme las consecuencias.

Mi hermano, Mander, era muy diferente. Aunque ambos éramos de gustos similares, tuvo la desgracia de nacer antes que yo. En consecuencia, a la muerte de nuestro padre se convirtió en el soberano de nuestra tierra natal, el reino de Shorad. Desde ese momento dejó de ser el afable hermano que tanto quise.

Mi historia con él es un tanto curiosa. Llegó al poder apenas cumplió la veintena, cuando no éramos más que unos jóvenes insensatos y ambiciosos. Unos pocos años pasaron hasta que llegué a la mayoría de edad, a mis veintidós vergeles. Como ya he mencionado, fue ese el día en el que abandoné el reino y me adentré en la mar, sin rumbo fijo. No me marché porque estuviera confrontado con mi hermano, al contrario. Yo diría que se debió a mis ansias por conocer el mundo, que lentamente iban creciendo en mi interior. Desde su ascenso, Mander había actuado como un mal rey, manejando sin cuidado los escasos fondos del reino. Aunque cuidaba de sus súbditos, nunca hacía caso a sus consejeros cuando llegaba el momento. Además, como hermano, se había vuelto más

distante y frívolo en ocasiones. No le odié por eso.

Era una calurosa mañana, en la tercera luna de Vergel, cuando supe de la llegada del Navegante. Estaba paseando por la playa cuando avisté a lo lejos el opulento navío. Como poseído por una fuerza misteriosa, corrí hacia el puerto para poder observar con detenimiento el buque. Atracó a los pocos instantes de mi llegada. Mi expresión de asombro al ver ese barco de cerca fue tal que permanecí petrificado por largo tiempo. Era un bergantín de unos sesenta metros de eslora y diez de manga. Las cuadernas estaban fabricadas a partir de madera de teca, una de las más estables y flexibles del mundo. Tenía gran resistencia a los impactos, era resistente y duradera. Era, en resumidas cuentas, la madera idónea para construir un barco. Por supuesto, también era la más cara. Con dos mástiles sobresaliendo de la cubierta, su presencia destacaba frente al resto de buques, de menor eslora. Contemplé con ensimismamiento el mascarón de proa, que retrataba la figura de una sirena. ¿O era quizá la de una ondina? Nunca lo supe con certeza.

Un marinero echó el ancla, y cuando el navío se detuvo algunos pasajeros se bajaron de él. Eran personas de diferentes estamentos sociales, de ambos géneros y de toda condición étnica. Vestían con ropas sencillas, como podían ser unas sayas o unos calzones de color gris o marrón. Me fijé entonces que una de entre todos ellos llevaba colgando de su espalda una larga capa de color negro. Caminaba altanera, derrochando soberbia. Fue la última que bajó del bergantín, pero la primera en advertir mi presencia. Sin vacilar, se acercó hasta mí. Era de baja estatura, de corto y rizado cabello moreno, sus ojos de color marrón, y un par de años mayor que yo. Tenía una pequeña verruga bajo el labio que contrastaba con su piel, demasiado pálida para no ser foránea. Sin siquiera saludar, empezó a hablar conmigo.

—Bueno, bueno, ¿pero qué ven mis ojos? —dijo ella.

—¿Disculpa? —vacilé, retrocediendo un paso con timidez—. ¿Os conozco?

—No creo. Los que me conocen no ponen esa cara de embobado cuando ven mi barco. Supongo que ya les habré acostumbrado a verme en él.

—¿Vuestro barco? —moví un poco la cabeza y admiré nuevamente el majestuoso porte del navío.

Ella asintió, visiblemente orgullosa.

—Lo compré hace unos años en un astillero cerca de Tarant.

—Habéis debido de viajar mucho entonces, imagino.

—Imaginas bien. He llegado hasta el confín del mundo, donde el cielo y la tierra se unen, donde los mares son de color esmeralda. Donde el tiempo se detiene.

—Cath Aelle —intervine.

—Efectivamente. Es difícil encontrar a alguien que sepa de la existencia de ese continente. A menos que sea un viajero. —me miró de los pies a la

cabeza—. O un erudito.

—Noble —respondí.

La capitana entornó los ojos.

—¿De verdad? —preguntó con condescendencia—. No sabía que a los nobles le interesasen este tipo de travesías.

—Hay de todo. Yo, por mi parte, soy una especie de viajero frustrado, por decirlo de alguna manera. Tengo ansias de explorar, pero también mucho trabajo por hacer.

—No menos que un jornalero, que se levanta cada día al amanecer y que trabaja hasta que cae la noche para poder sobrevivir en este reino miserable.

Vacilé. Intenté responder lo más gentil posible, pero no se me ocurrió ninguna respuesta. Simplemente bajé la mirada. Ella me tocó el hombro.

—Lo que intento decirte es que deberías tomarte un descanso.

Callé un segundo. No era la primera vez que ese pensamiento rondaba mi cabeza, pero nunca tuve el valor ni la bravura suficiente como para dejar atrás mi deber como infante y aventurarme hacia lo desconocido. Aquella tampoco fue la ocasión. Negué con la cabeza y di un paso hacia atrás. En silencio sepulcral, le dediqué una sutil reverencia y di media vuelta rumbo al castillo, en la cima del acantilado, desde donde se podía observar al detalle toda la ciudad, situada a una menor altitud.

Esa misma noche, estando ya postrado sobre mi acolchada cama, vino a mi cabeza la imagen del Navegante cabalgando las furiosas olas del mar en mitad de una tormenta, mientras yo permanecía en la cubierta soportando las inclemencias del tiempo, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Mis sueños narraron mil aventuras, muy lejos de Shorad, en aquel lugar que tantas veces había leído en los libros. Cath Aelle. El lugar donde pasó gran parte de sus días el gran Cercerión.

A la mañana siguiente volví a ser poseído por la misma fuerza que tomó mi cuerpo el día anterior. Llegué a los puertos poco después del amanecer y busqué el lujoso navío con determinación, hasta que finalmente lo encontré. Y, entonces, también la vi a ella, sentada sobre la borda. Nuestras miradas se cruzaron un instante después.

—Capitana, ¿volveréis a Cath Aelle? —pregunté, esperanzado.

—Eso tenía pensado, sí.

—Entonces espero que tengáis espacio para uno más en tu tripulación.

Ella esbozó una sonrisa, levantándose de la borda. Acto seguido, me invitó a subir al barco. Accedí sin pensármelo dos veces. Ya con los pies sobre la

barnizada cubierta de madera, le tendí la mano.

—Un placer tenerte por aquí. —de repente abrió los ojos—. Todavía no nos hemos presentado. Soy Nela de Rodnyar.

—Infante Corbrand, hijo del rey Itzar.

—No era suficiente con que seas un noble, tienes que ser de la realeza. ¿Tu hermano está de acuerdo con que vengas conmigo?

—Tiene obligaciones más importantes.

—Lo dudo. No es personal, Corbrand, pero tu hermano no es el rey que necesitamos ahora, precisamente. Vuestro padre era mucho más cauto en el ámbito económico. Rezo a los Verdaderos y Falsos Dioses para que se acabe su reinado.

—A veces yo también lo hago. Por eso he decidido marcharme, para alejarme de las intrigas políticas del reino —alegué—. Por cierto, llamadme mejor Brand, si no os molesta.

—¿Por qué quieres que te llame por un apodo?

—Porque yo ya no soy Corbrand. Él se habría quedado en el reino, junto a su hermano. Brand prefiere tomarse un respiro.

La capitana vaciló unos instantes, como sumida en sus pensamientos.

—Por esa misma razón espero que dejes de hablarme con tanta cortesía

—pidió con tono exigente—. Ya no eres noble.

—No se trata de mi linaje, sino de educación.

Nela se encogió de hombros.

—Como tú veas, Brand.

Abandonamos el puerto al mediodía. Nela había retornado hasta Shorad para comprar suministros antes de su marcha hacia tierras inexploradas. Durante el trayecto pasé gran parte del tiempo en la cubierta del Navegante, leyendo mil novelas históricas y leyendas al tiempo que el vaivén del oleaje mecía el buque como una cuna. A veces también estaba en las cocinas, trabajando codo con codo junto al resto de marineros, al tiempo que lentamente iba dejando atrás mis rasgos nobiliarios. Primero fueron los prejuicios clasistas, después los modales, regios y disciplinados, y finalmente abandoné las formalidades en las conversaciones, tal y como me había pedido Nela que hiciese antes de zarpar.

Recuerdo con especial pudor el primer almuerzo en alta mar. Busqué durante casi diez minutos unos cubiertos limpios en la cocina, convencido de que podría encontrarlos en algún cajón. Fue Nela quien me reveló lo equivocado que estaba. Ese día comí como el resto, sin platos, ni cubiertos, ni bandejas ostentosas. Al principié asqueé esa costumbre. Después la acepté. Al final, después de casi quince días de travesía, disfrutaba de cada comida. Y no era solo por lo que comía, ni por quiénes me acompañaban. Creo que mi cambio nació al darme cuenta de que, al

final, todos éramos un equipo, sin importar nuestro origen. Todos éramos marineros en busca de emocionantes aventuras en los confines del océano. Todos éramos iguales. En el Navegante no había reyes ni súbditos, solo personas.

A partir de ese momento dejé de ser noble. Ya no me importaba vestir con harapos sucios, ni ensuciarme limpiando la bodega, ni mancharme mientras cocinaba. Al contrario. Compartir trabajo con mis compañeros, y no ordenarles, me hacía sentir más esa presión de grupo que tanto imaginaba cuando leía las leyendas del Almirante Cercerión, cuya flota entera le admiraba, le respetaba, y le quería al mismo tiempo. Pero nunca he sido como él, ni podré serlo.

De cualquier manera, al comienzo de la primera luna de Fervor avistamos tierra. Un alto y escarpado acantilado, que parecía tocar las nubes, se nos presentó ante nuestros ojos, como dándonos la bienvenida a aquel paraje. Estaba cerca del timón, leyendo, cuando me fijé en la monstruosa formación geológica. Yo mismo corrí a avisar a la capitana, que se encontraba cartografiando mapas en su camarote. Con mucha sensatez, hizo caso a mis advertencias, y salió al exterior para presenciar aquella mole, cada vez más cerca del Navegante. Viramos el barco justo a tiempo para esquivar las rocas de mármol que habían comenzado a emerger desde el fondo marino, y conseguimos a su vez escapar de una corriente marina que nos arrastraba hacia el acantilado.

Nela buscó en sus mapas una ruta alternativa, y seguimos sus indicaciones al pie de la letra. Por suerte, al cabo de medio día, encontramos una pequeña cala en forma de media luna que se adentraba en la inmensidad del terreno. Un pensamiento rondó por mi cabeza por un instante, y sonreí plenamente. Las aguas de color esmeralda, los árboles tropicales y las arenas doradas no hacían más que confirmar mis sospechas. Habíamos llegado definitivamente a Cath Aelle.

Lanzamos el ancla cuando nos internamos en la cala. Nos subimos a un pequeño bote y entre todos remamos hasta llegar a la playa, unos instantes después. Pisamos tierra firme finalmente, tras muchos días en alta mar, y a todos nos invadió una sensación de júbilo que parecía imperecedera. La playa no era muy grande, de media milla de largo y doscientos pies de ancho cuando la marea estaba en su máximo. El oleaje era extremadamente débil, lo que permitía la convivencia de multitud de crustáceos y pequeños peces en la orilla del mar. En el borde interior de la playa nacía un bosque de arbustos y pequeños árboles, demasiado florecidos para ser la primera luna de Fervor, mientras que en los bordes laterales emergían un par de colinas, su terreno uniforme, que se extendían al mar e impedían que el oleaje llegase hasta la playa.

El sol estaba en su cenit. Usando las cañas de pescar y unas lanzas que trajimos de Shorad cazamos algunos moluscos y varios peces. Recogimos

madera a partir de algunas ramas secas de la linde del bosque e hicimos una hoguera, donde cocinamos nuestro alimento. El sabor era muy diferente al que estábamos acostumbrados en platos similares. Menos salado, pero más jugoso, resultó ser uno de nuestros alimentos favoritos durante nuestra estancia en Cath Aelle.

Tras terminar el almuerzo, algunos de nosotros nos internamos en el bosque, mientras otros se quedaban construyendo un campamento en la playa. Caminamos hasta bien entrada la tarde, y exploramos gran parte de la región más adyacente a la cala donde habíamos llegado. Descubrimos criaturas que nunca antes habíamos imaginado, desde lagartos de colores vivos hasta enormes criaturas de piel pedregosa, que emitían fuertes ondas de sonido con cada uno de sus alaridos, las cuales apodamos como geofones. Sin embargo, nuestro hallazgo más importante lo encontramos tras escalar una enorme montaña, varias millas al sureste de nuestro punto de partida. Cuando llegamos a la cima pudimos observar un valle que discurría en la falda de la montaña, atravesada por un río. En el fondo del valle, además, existía un enorme yacimiento de piedra blanquecina, que se extendía por todo el cañón, a ambos lados del río. Consumidos por la curiosidad, descendimos hasta allí para averiguar el tipo de piedra que conformaba el yacimiento. Parecía piedra caliza. Nada fuera de lo común en principio, pero su brillo era mucho más intenso que el de la caliza común. Por fortuna, durante mi juventud había estudiado mucho acerca de las distintas ciencias y sus aplicaciones, y pude detectar sin mucha dificultad la composición real de la piedra.

En realidad era caliche, la roca de la cual se extraía el salitre. Eso era una buena noticia, pues suponía el descubrimiento de un yacimiento de piedras muy valiosas por toda Aedria, pues el salitre es uno de los minerales fundamentales para la fabricación de la pólvora común, un bien muypreciado por estos tiempos.

Regresamos a la playa al atardecer. El campamento estaba montado: varias tiendas de campaña rodeaban una hoguera de tamaño considerable. Había un pequeño grupo de personas alrededor del fuego, charlando acerca de diversas cuestiones, todas ellas relacionadas en mayor o menor medida con Cath Aelle. Nos saludaron efusivamente cuando nos vieron llegar y nos invitaron a sentarnos al calor de la hoguera. Les explicamos con detalle nuestra exploración, y planificamos una batida para, los próximos días, adquirir todo el salitre que pudiéramos.

Efectivamente, eso hicimos. Además de mejorar las prestaciones del campamento y seguir explorando, dedicamos gran parte de nuestros días allí a conseguir salitre, que lo fuimos almacenando en la bodega del Navegante. Cuando no cabía más, casi dos lunas más tarde, decidimos regresar a Shorad para informar acerca de nuestros descubrimientos y

vender la mercancía.

Llegamos sin ningún contratiempo y vendimos al poco todo el salitre a cambio de un jugoso precio, que posteriormente invertimos en diferentes mejoras para el campamento en Cath Aelle. Nuestro retorno supuso, además, una prueba irrefutable de la existencia de tierras desconocidas más allá del océano, y antes de partir por segunda vez hacia Cath Aelle se nos unieron un total de cuatro barcos más, que juraron lealtad a Nela como su capitana. En todo ese tiempo no vi a mi hermano, y por las tabernas solo le dedicaban improperios e injurias. No me involucré en nada de eso.

Después de no muchos días, partimos nuevamente. En ese segundo viaje fue cuando empecé mi relación amorosa con Nela. El comienzo fue muy repentino, y no sabíamos muy bien cómo actuar estando uno junto al otro, pero con el tiempo fuimos acostumbrándonos. Por otra parte, quizá por esa relación con Nela, los nuevos miembros de la flota comenzaron a tratarme con más respeto. Incluso alguno me llamó almirante durante ese mismo viaje. Acostumbrado a ser un igual, y no un líder, traté de que eso no me consumiera como persona.

Nuestro campamento en Cath Aelle estaba tal y como lo habíamos dejado. Ahora que teníamos más materiales y el instrumentaje adecuado, empezamos la construcción de unas pocas viviendas propiamente dichas, en la linde del bosque. Durante ese viaje me obsesioné sobremanera con las leyendas del almirante Cercerión, y pasaba muchos días interpretando cada uno de los sonetos, buscando conexiones con el territorio que se extendía ante mis ojos. Algunos parecidos hallé, sobre todo en lo relacionado con descripciones de emplazamientos, flora y fauna. Por desgracia, debido al formato de poema que tenían las leyendas, dejaba muchas cuestiones a interpretación del lector, y nunca podía estar seguro a la hora de determinar un enlace entre los escritos y lo que estaba descubriendo. Para colmo, no había ningún otro texto que describiera Cath Aelle. Nadie había vuelto hasta allí tras la muerte del almirante Cercerión a manos de un hoscotriz, la única criatura que se nombraba como tal en el compendio de leyendas. El almirante una vez mató a una, gracias a la ayuda de todas sus tropas, pero otra de esas bestias aladas vengó su muerte destruyendo toda la flota de Cercerión en uno de sus muchos viajes por todo el mundo, asesinándole en el acto.

A pesar de no encontrar esas relaciones, retornamos a Shorad con todavía más salitre que antes. Antes de partir de Cath Aelle, sin embargo, algunos de los nuestros permanecieron en esa tierra, para continuar con las reformas del campamento. El sueño de muchos era fundar una colonia, y estábamos muy cerca de conseguirlo. Que algunos se quedaran allí hasta nuestro regreso solo aceleró más el proceso.

Un año tardamos en regresar hasta nuestro campamento. Nos retrasamos debido a la ingente cantidad de navíos y aventureros que se nos fueron uniendo a la flota a cuentagotas, y también por la extraña lentitud de ventas de salitre. No en vano había comenzado una época de paz tras muchos años de guerra. Al retornar contábamos con casi un centenar de barcos, y creamos en pocas semanas una colonia digna de ser reconocida como tal por toda Aedria. Ni siquiera el mismísimo Cercerión pudo hacerlo en aquellas tierras, pero nosotros pudimos hacerlo en apenas dos años desde nuestro primer viaje.

Pero la vida siempre te da una de cal y otra de arena. Y tal como la vida llega, se puede ir sin previo aviso. Durante ese viaje Nela cayó enferma de una desconocida aflicción, y con el paso del tiempo su estado fue empeorando irreversiblemente. Junto a los mejores hombres y mujeres de toda la flota, partimos hacia el oeste en búsqueda de una cura. Casi dos lunas pasaron hasta que retornamos a la colonia, sin éxito. Habíamos descubierto mil parajes casi inimaginables, nos habíamos deleitado con la presencia de criaturas y bestias nunca antes vistas por el ser humano. Habíamos llegado al confín del mundo. Pero todas las posibles curas que pudimos encontrar no resultaron satisfactorias cuando volvimos a la colonia.

Una noche, no mucho antes del amanecer, fui a la habitación de Nela, en una de las casas mejor decoradas de la colonia. Acostada bajo una gruesa manta, no se había dormido. Su piel estaba lívida, incluso mucho más de lo normal, y respiraba entrecortadamente. Sin vacilar, le besé en los labios. Inspiró profundamente, y me miró a los ojos.

—Brand, me muero —dijo con total franqueza.  
—No lo harás, cariño. Encontraré la cura y te pondrás mejor.  
—Basta, por favor. No quiero que sigas sufriendo, intentando hallar algo que no existe. Te ruego que lo dejes.  
—Nela, sabes que no puedo hacer eso. Todos aquí te necesitamos. Te necesito —dije, a punto de romper a llorar.

Movió la cabeza y observó a través de la ventana de su habitación las brumas que se extendían en la noche como agua fluyendo por un río.

—Necesito que me hagas un favor.  
—Lo que desees, amor mío.  
—Cuando muera, coge un poco de mi sangre, y pinta con ella las paredes del Navegante. Ese barco significa mucho para mí, y quiero estar de alguna manera unida a él durante toda la eternidad.

Asentí con la cabeza. Conocía algunas religiones que tenían por costumbre la creación de un vínculo entre alguien muy enfermo y un objeto inanimado de gran valor personal, con el supuesto objetivo de estar atado a dicho objeto por toda la eternidad. Para ello simplemente hacía falta

pintar, barnizar o esparcir la sangre de la persona con el objeto, para que el rharma del individuo quede vinculado. O eso decían esas religiones.

Nela falleció esa misma madrugada. Extraje un poco de su sangre y la esparcí por la borda del Navegante, donde ella solía sentarse cuando salía de su camarote a la cubierta. Después, un par de marineros y yo cargamos el féretro hasta una explanada, y la enterramos.

Los acontecimientos se sucedieron como predijo Nela. Un par de días más tarde los colonos me designaron como el nuevo líder de la expedición y capitán del Navegante.

El tiempo transcurrió con lentitud, y la inmensa cantidad de tareas en la colonia me mantenía la mente ocupada. Por la noches, cuando estaba solo, echaba de menos la presencia de Nela. Dormía en el Navegante, y pasaba mucho tiempo, a veces hasta el amanecer, hablando con el barco, como si el amor de mi vida estuviese ahí, escuchándome. Ese bergantín pasó a ser un compañero en mis momentos de soledad, tal y como le había pasado supuestamente a Cercerión, según sus leyendas. Para colmo, el Navegante estaba vinculado con Nela y, aunque cuando leí por primera vez acerca de esa práctica la consideré insulsa, en ese momento permitió que yo también me sintiera todavía más cercano a ese barco.

Los siguientes años los pasé entre Shorad y Cath Aelle, ampliando la colonia que habíamos creado y fundando otras nuevas por todo el continente. Mi último viaje fue de lo más provechoso. Salí de expedición desde una de las nuevas aldeas, Cath Tetra, y viajé por algunos sinuosos cañones hasta llegar a la entrada de una cueva. Empezó a llover, y decidí refugiarme en su interior. La caverna resultó ser de dantescas proporciones, y se expandía hasta donde mi vista en la oscuridad podía alcanzar. Encendí una antorcha que llevaba en mi mochila cada vez que iba a explorar, por si caía la noche, y avancé por mucho tiempo, hasta que llegué a una sala hueca, muy grande y de forma esférica. Lo que descubrí me sorprendió más que nada que haya visto desde mi primer viaje a Cath Aelle. En el centro de aquella esfera yacía el esqueleto completo de un hoscotriz. Con casi treinta pies de envergadura, resultaba una criatura gigantesca hasta para lo que narraban las leyendas. Y lo mejor de todo, era real. Su cráneo alargado, en forma de pico, su tamaño y sus manos casi humanas confirmaban la identidad de la criatura. ¿Sería ese el hoscotriz que mató al almirante Cercerión? Probablemente no.

Todo mi entusiasmo se esfumó cuando volví a Shorad, poco tiempo después. Había regresado con mis más leales camaradas en el Navegante, con el objetivo de pasar unos meses por mi tierra natal, alejado de Cath Aelle y las colonias que había ayudado a fundar. Era una noche de tormenta, la mar estaba mucho más agitada de lo normal. De repente una enorme ola se asomó desde la lejanía. Intentamos virar el barco, pero la

ola avanzaba demasiado rápido, y terminamos siendo arrollados por ella.

Desperté a la mañana siguiente en una playa cerca de mi ciudad natal, en las costas de Shorad. Todos mis compañeros habían desaparecido en la tormenta, y el Navegante había encallado en la playa. Estaba partido a la mitad, y un mástil había sido arrancado de cuajo. Aquel navío, mi mejor amigo, lo único que unía a Nela con el mundo de los vivos, había quedado completamente destruido.

Como si nada más me importase, acudí ese mismo día a palacio, donde pude ver a mi hermano por primera vez en diez años. Me reconoció al instante, y su expresión se volvió dura.

—¡Mirad quién ha venido! ¡Mi hermano, Corbrand, está vivo! —alzó los brazos, sarcástico, como si estuviera hablando ante una multitud—. ¿Cómo te encuentras? Supongo que bien, al fin y al cabo eres una leyenda entre los jóvenes, hermanito mío. Como el almirante Cercerión, ¿recuerdas?

—Supongo —respondí, cohibido.

—Imagino que después de tanto tiempo no habrás venido hasta aquí para saludar a tu hermano. Me refiero, has tenido diez putos años.

Tragué saliva.

—Lo siento.

—Ah, bueno. Si lo sientes no pasa nada, ¿no?

—Sé que he obrado mal, y que lo que hecho no tiene perdón.

Mander inspiró profundamente, intentando controlar sus impulsos. Un criado, que observaba la conversación a los pies del trono, comenzó a temblar sutilmente. Le temía.

—Déjate de chorradas, Corbrand. ¿A qué has venido? —preguntó.

—Anoche, en una tormenta, una ola gigante se llevó mi barco por delante y acabó encallando en la costa, a un par de millas de aquí. El navío está completamente destruido, y repararlo me costaría demasiado dinero. Necesito un adelanto.

El rey se envaró en su asiento.

—No —sentenció.

—Por favor, Mander. No puedes entender lo unido que estoy a ese barco; sin él no soy nada.

—Deja de decir tonterías, hermano. Además, tengo entendido que has ganado bastante dinero vendiendo salitre en la ciudad al término de tus aventuras. ¿Qué ha pasado con esos fondos?

—Los he invertido en mejorar las prestaciones de las colonias en Cath Aelle. Me queda algo; insuficiente para costearme la reparación.

—Lo siento, Corbrand, pero no voy a gastar ni un tercio en contentar a un hermano que me ha abandonado por una década. Bueno, realmente no eres mi hermano ya. Eres escoria. Y ahora, si no tienes más que añadir, fuera de mi vista, y nunca vuelvas.

Intenté lanzar una réplica, pero desistí. Quizá él tuviera razón, pero esas no eran las formas. Si no le había visitado también era porque desde que llegó al trono dejé de importarle. Además, su nefasto gobierno solo me echaba para atrás. Muchos de los míos me habían contado historias acerca del mandato de mi hermano, que, si ya tenía defectos, se había corrompido con el paso de los años. La población quería a un rey nuevo que limpiara la situación política del reino, algo que mi hermano nunca haría. Cuando salí del palacio, decidí cómo proceder.

Con el poco dinero que tenía llamé a un carpintero para que intentase reparar el barco por encima. Lo consiguió. El barco podía navegar, pero si lo decidía botar se resquebrajaría en menos de un día. Todavía me quedaban unos tercios. Fui a un alquimista y le pedí que me fabricara un compuesto a partir del poco salitre que tenía, carbono y azufre. Pólvora. Almacené el compuesto en barriles y lo depuse en la bodega del Navegante. Esa misma noche abandoné el astillero donde tenía el barco y me dirigí al fino acantilado donde estaba el castillo de mi hermano. Solo.

Y aquí yazco yo, sobre la cubierta estrecha. Había sido yo. Yo encendí la mecha que dio comienzo a una nueva era de los descubrimientos, y encenderé la mecha que dará comienzo a una nueva era dorada en este reino. Habrá quien me considere un egoísta. Yo prefiero pensar que voy a satisfacer el deseo de miles de shoradianos, a realizar un mal menor.

Ahora, mientras escribo este mensaje, ya frente al acantilado, con los barriles de pólvora esperando para ser encendidos, me he dado cuenta que me he convertido en la persona que más admiro, el almirante Cercerión. Había visto el mar, había sido almirante. Herido por mil males, exploré sin parangón como buen navegante. Ahora, sin embargo, mi amada ha muerto, y su vínculo con el mundo de los vivos está condenado a quedar destruido irremediabilmente. Ya no me queda nada.

Sé con certeza que las olas, que se mecen a mi alrededor, son como mi alma susurrante. La mar, que en su tiempo temí, es ahora mi tierra. Y al igual que le pasaba a Cercerión, este barco, el Navegante, mi mejor amigo, mi vínculo con mi amada, es, indudablemente, mi corazón.